

Ocho razones para detener la guerra¹

Eight reasons to stop the war

Luis Tamayo

Resumen: Desde el inicio de la administración de Felipe Calderón, la nación mexicana sufre una guerra despiadada (más de 60 mil muertos) contra el narcotráfico y el crimen organizado. Sin embargo, las razones de dicha guerra, ante la mirada cuidadosa, no se encuentran tan claras y se revelan otros factores. En este ensayo se revisa la historia y cualidades de dicha guerra con el objeto ya no de justificarla sino de encontrar las maneras de detenerla.

Palabras claves: México, narcotráfico, guerra, deshumanización.

Abstract: From the beginning of the administration of Felipe Calderón, the Mexican nation undergoes a ruthless war (60 thousands deaths) against the drug trafficking and the organized crime. Nevertheless, the reasons of this war, before the careful glance, are not so clear and other factors are revealed. This article explores the history and nature of this war and the way to stop it.

Key words: Mexico, drug trafficking, war, dehumanization.

¹ Conferencia presentada en el foro *Militarización, cultura y derechos humanos* organizado por la Cátedra Carlos Montemayor del CIDHEM, Auditorio del Museo de Ciencias de Morelos, Cuernavaca, México, 23 de febrero de 2012.

Para saber matar a otro hay que saber matarse a uno mismo.

Leonid Andréiev (2011: 133)

Toda guerra es inhumana

Cualquiera que haya estudiado física elemental en su juventud recordará aquella ley de Newton que nos indica que toda acción genera una reacción inversamente proporcional, es decir, que toda fuerza genera inevitablemente una reacción contraria. Y esto es válido no sólo para las acciones físicas sino para las sociales. La Guerra contra el narco establecida por el gobierno mexicano no puede sino generar una reacción contraria. Esto es importante pues nos alerta respecto a las consecuencias de nuestros actos. Cuando un ser humano se permite acabar con la vida de otro debe saber que ese acto también se llevara consigo a su propia humanidad... hasta perderla totalmente. Y esto es válido no sólo para los criminales, también lo es para nuestros soldados.

Es por ello que no carecía de sabiduría Sun Tzu cuando nos indicaba, en su *El arte de la guerra* (1991) que no había mejor guerra que la que nunca se libraba.² El guerrero queda marcado por la sangre que se vio obligado a derramar. Y ello puede tener consecuencias en su patria. Para prevenirlas, en la Grecia clásica, en Polinesia y en muchos otros lugares del mundo, estaban instituidos diversos ritos a realizar antes de que los guerreros regresasen a su suelo. Debían curarse en el

² Y en el caso de la Guerra contra el narco y el crimen de Calderón la cosa se agrava pues tal y como reconoció Fernando F. Gómez Mont, poco después de dejar el cargo de Secretario de Gobernación, la estrategia anticrimen del gobierno no estaba funcionando porque no se tomó en cuenta la enorme corrupción de los policías y las fuerzas militares, es decir, ¡iniciaron una guerra sin haber antes verificado la lealtad de sus propios guerreros!

alma por la muerte generada, debían restañar la humanidad perdida durante la guerra.

Y eso lo saben desde antaño los dirigentes de nuestras fuerzas militares. No por otra razón luego de formar a sus soldados, los mantienen en el encierro de los cuarteles y las zonas militares. Por su propia salud, y la de la sociedad, los soldados deben permanecer en sus cuarteles, es ahí como mejor se conserva su función de “último recurso”. Lanzarlos a las calles en función de policía y sin la capacidad para poder reconocer claramente a su enemigo es un enorme riesgo para todos. Ellos fueron entrenados para matar; su obediencia, disciplina y su honor no corresponden a nuestro mundo contradictorio, corrupto, tolerante, librepensador y creativo.

A diferencia de los militares, la policía nunca perdió el vínculo con nuestro mundo, lo cual la hace, en algunos casos, corrupta y contradictoria pero también tolerante y valiente. Es esta policía, la que puede luchar contra los criminales, a su ritmo y posibilidades, es también la que nos conoce y puede defendernos. Lanzar a nuestros militares a las calles nos pone en riesgo y a ellos los expone y denigra³. Y además, tal exposición es vana: la guerra contra el narco no puede ser ganada pues un negocio (y el narco lo es) no se acaba con balas sino, tal y como lo ha enseñado Wal-Mart, estableciendo negocios más grandes los cuales, en la lógica misma del mercado derrotan a los pequeños (no sería otra cosa una legalización de las drogas bien aplicada). Las balas, en tal caso, sirven para muy poco.

³ Recordemos, tal y como recientemente señaló el Gral. Luis Garfias, que la milicia mexicana es ahora la institución mexicana más denunciada ante la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (*La jornada*, 19 de febrero de 2012).

I. Los negocios no se abaten con balas

Cualquier comerciante sabe que cuando una mega tienda se establece en una región, todo el pequeño comercio sufre por la desigual competencia; muchos quiebran y otros ven menguadas fuertemente sus ganancias. Si se pretende acabar con un negocio sólo se le puede vencer en su propio terreno: o mediante la competencia (el caso de las mega tiendas contra el comercio pequeño) o mediante el control de sus activos (seguir el camino de las ganancias: lavado de dinero, cuentas bancarias, etc.), lo cual nunca harán los gobiernos pues implicaría morderse la propia cola.

Pongamos un ejemplo diferente que nos permite aclarar la cuestión: supongamos que el gobierno decreta que el azúcar es un producto nocivo para la salud humana y debe ser perseguido. Acto seguido comienza a quemar cultivos de caña y a perseguir a los expendedores del “veneno blanco” como entonces lo llamaría. Estoy seguro que muchos de ustedes se imaginarán que muy pronto aparecería un mercado ilegal, que el producto se encarecería y que, además, la guerra contra el azúcar nunca obtendría la victoria. Sólo lograría que se estableciesen múltiples expendios subterráneos de “veneno blanco”. Es evidente que sólo podría controlarse el mercado si el gobierno instituyese un expendio más grande de azúcar que controlase precio, calidad, e incluso distribución.

II. La legalización

Legalizar las drogas correspondería a tal estrategia probada para controlar un negocio. Al hacer legal el negocio de las drogas, los implicados deberían no sólo pagar impuestos al estado y prestaciones a

sus empleados, sino aceptar la vigilancia y control de toda la sociedad, la cual, como ante cualquier otro producto comercial, podrá alertar a sus integrantes de los efectos de aficionarse a tales sustancias.

Por el contrario, establecer la guerra contra el narco implica, en última instancia, que todos aceptemos armarnos para defendernos a la primera oportunidad. Y yo no estoy dispuesto a ello. Y muchas de las personas que conozco tampoco. Entrar a la guerra contra el narco implica sumarse al negocio de las armas de los Estados Unidos y otras naciones, cuyos promotores encuentran inverosímil tener un mercado tan grande y tan cerca (México) desperdiciado.

III. La guerra contra el narco sólo favorece a los criminales internacionales del mercado de armas

Muchos consideramos que fue un gran logro de los políticos posteriores a la Revolución Mexicana desarmar a la nación. Ahora, con la guerra contra el narco, el país se arma nuevamente. Primero los narcos y los soldados, después los criminales de todo tipo y, finalmente, y como reacción, toda la sociedad civil. Nunca olvidemos que los Estados Unidos tienen niveles de criminalidad mil veces superiores a los de las naciones europeas. ¿Por qué pretende nuestro gobierno sumarnos a tan nefasto modelo social? ¿Por qué les hace el juego a los comerciantes de armas, a los vendedores de la muerte?

IV. El fundamentalismo: clave para entender la debacle actual

El 12 de noviembre del 2011, la agencia de noticias Uno encabezó su entrega con la intervención que el presidente Felipe Calderón realizó en el *Diálogo por la seguridad. Hacia una política de Estado*, efectuado

en Baja California, y que textualmente indicaba: “Si es posible someter a la delincuencia: FCH”. En el cuerpo del texto, el presidente reiteraba la idea e indicaba que con el apoyo de todos podremos finalmente erradicar la delincuencia organizada y el crimen de México. Y esa tesis, al leerla, inicialmente nos parece buena. Sin embargo, lamento decirlo, una vez que reflexionamos un poco se revela su error y enorme peligrosidad.

Desde hace muchos siglos se ha discutido en la filosofía acerca de si es posible erradicar el mal, el crimen, y ello ha conducido al estudio sobre el origen del mal. Algunos filósofos escolásticos sostuvieron, incluso, que Dios mismo podría ser responsable de dicho origen pues él era el creador de todo, tesis que generó no poca y también muy rica discusión. Pero no me quiero detener en una tesis que implica la aceptación de un dogma de fe (la existencia de la divinidad). Me parece mucho más importante tratar ahora acerca de los efectos de la pretensión que sostiene que el mal puede ser erradicado.

Thomas Hobbes en su *Leviatán* (1997) discurre, retomando las tesis de *La república* de Platón, sobre la responsabilidad del Estado en el mantenimiento de la seguridad de los ciudadanos. Y señala que ello es básico e impostergable. Pero Hobbes nunca afirma que el mal pueda ser erradicado.

Ocuparse de la seguridad de la ciudadanía no implica necesariamente pretender erradicar el mal. Hobbes considera básico *controlar* el crimen, pero controlar no es erradicar. Puede ser incluso su opuesto. Controlar es mantener bajo control algo, incluso establecer un pacto de no agresión, de restricción de espacio vital.

Pretender erradicar lo inevitable puede ser increíblemente dañino incluso, pues pretender lo imposible parasita la vida. Y por esa

parasitación se puede perder de vista lo importante, lo esencial. Y es eso precisamente lo que está ocurriendo en nuestro país.

V. El mal no es a erradicar, es a controlar

El mal, además, no sólo no puede sino que no *debe* erradicarse. El mal mismo forma parte, si lo pensamos en los términos del sociólogo René Lourau, de lo instituyente social, de eso que permite la evolución de las sociedades.

Para explicarme estudiemos un ejemplo simple. Si en nuestra casa pretendemos erradicar completamente y para siempre las cucarachas, los alacranes o el animal que quiera, simplemente no sólo nos exigirá un esfuerzo enorme, sino que tendrá que ser constante. Dicha vigilancia, para ser suficientemente efectiva, deberá realizarse todo el tiempo y, por ende, parasitará nuestra vida. Y eso de todas formas no impedirá que en el umbral de nuestra muerte aparezca el bicho superviviente. Ese que nos mostrará lo inútil de nuestro esfuerzo y el desperdicio que, por obrar así, por pretender lo imposible, fue nuestra vida toda.

En este ejemplo simple, sin embargo, es una sola vida, la propia, la que se pierde. En el caso de la erradicación del crimen en todo un país el problema es aún más grave pues no es una, sino muchos miles de vidas las que se pierden... y muchas de ellas inocentes, las cuales, como bien sabemos, forman parte del “daño colateral”.

Pretender erradicar es totalmente opuesto a controlar. Siguiendo con el ejemplo anterior, uno puede permitir la existencia de los bichos “fuera de casa”. Incluso algunos de ellos, con cierto nivel de inteligencia (como los perros, gatos y muchos otros), aprenden a mantenerse fuera con rapidez.

Desde mi punto de vista es necesario aprender a vivir con la existencia de lo otro, de lo diferente, del *mal para nosotros*. La tolerancia es una gran virtud si lo que pretendemos es vivir en sociedad.

Un ejemplo de ello estuvieron a punto de mostrárnoslo los californianos: para casi la mitad de ellos la marihuana merece ser legalizada y disfrutada. ¡Y es realmente mucha gente la casi mitad de los californianos! El mal es también, y es eso lo que los californianos nos mostraron, un asunto de opinión. Y en este aspecto hay muchos ejemplos luminosos: pensar que la tierra era redonda fue el mal durante varios siglos en Occidente. El alcohol fue tan perseguido como lo son ahora otras drogas. Pensar que los humanos somos iguales también fue perseguido hace algunos siglos en Occidente. Y actualmente, en algunos lugares del globo, este principio, que nosotros reconocemos como elemento básico de la humanidad, aún no se reconoce.

El mal para unos puede ser el bien para otros, incluso puede constituir una forma de resistencia al autoritarismo como nos ha mostrado la historia de los pueblos.

Es por estas razones que en la mayor parte del mundo nos encontramos que las autoridades de las naciones y los pueblos no pretenden erradicar el mal, sólo lo controlan. Y eso es bueno. En las grandes ciudades civilizadas el crimen existe y eso a nadie le extraña. Se le tolera pues se encuentra bien controlado. La actividad subterránea, oscura, el vicio y la prostitución, son válidos en ciertas zonas y en ciertos horarios. Tienen derecho de existir, pero con límites. Controlar implica tener la capacidad de pactar, de hacer política con los responsables de dichas acciones.

Aceptar la imposibilidad de erradicar el mal también implica aceptar los límites propios y gracias a ello es posible “pasar a otra cosa”,

permite ocuparse de otros problemas importantes de la vida y la sociedad.

VI. El valor de aceptar humildemente los límites

Aceptar humildemente la existencia del mal permite ocuparse de grandes problemas ahora olvidados: el calentamiento global antropogénico (antes cambio climático global), la destrucción de nuestros bosques por las carreteras, y el avance de la mancha urbana o el fin de la era del petróleo barato que tantos problemas energéticos y sociales generará a nuestra nación. Y si pensamos en nuestro Estado de Morelos, nos permitiría preocuparnos por la increíble reapertura de Agroquímica Dragón (en Izúcar de Matamoros), donde el 24 de marzo del 2011 explotó un tambo con agroquímicos que intoxicó a 750 personas y que muy pronto volverá a realizar su terrible tarea de infestar con pesticidas el campo morelense; asimismo, nos permitiría preocuparnos por el terrible daño que generan las concesiones mineras a nuestro suelo y a la salud de nuestros conciudadanos.

Aceptar humildemente la existencia del mal permite también contar con tiempo para apreciar las grandes bellezas del mundo. Aspirar a erradicar lo inevitable, al contrario, puede ser terriblemente dañino para todos al parasitar nuestra existencia.

Lo que nuestra nación necesita para poder detener con efectividad la degradación social y el baño de sangre que sufrimos es controlar, no erradicar el crimen. El mal es algo con lo que, humildemente, no nos queda sino aprender a vivir, pretender erradicarlo es soberbio, constituye un peligroso fundamentalismo.

VII. Detener la guerra

Revisemos ahora, brevemente, otras razones que nos obligan a exigir a nuestro gobierno detener una guerra que sólo daña a nuestra sociedad.

Primera premisa: La guerra no es la lucha. La lucha es fructífera, la guerra no. Tal y como nos enseña Ernst Bloch (1967), el “polemós” (madre de todas las cosas) de Heráclito no equivale a nuestro término “guerra” (*Krieg*) sino al vocablo “lucha” (*Kampf*). La diferencia entre la guerra y la lucha estriba en que la guerra es *contra* otro, mientras que la lucha es *con* otro *por...* (Y aquí podemos colocar todos los anhelos humanos que se deseen).

Segunda premisa: No existen las guerras victoriosas. La humanidad guerrea desde hace siglos, la misma, única y multifacética guerra. Una guerra que no sólo se libra en los campos de batalla sino en las calles, en las familias, incluso al interior de cada uno. Una guerra trabada en el origen y cuyas consecuencias sufrimos. La guerra declarada es sencilla de notar, sus efectos son devastadores. La guerra encubierta no es tan visible; son los síntomas, esas heridas de guerra, los que nos revelan su presencia.

La guerra eterniza la venganza y por ende no tiene vencedores. Incluso la máxima victoria —la aniquilación del enemigo— es una pérdida pues toda la humanidad pierde la experiencia, la historia y la verdad que portaba el enemigo aniquilado.⁴

⁴ Recordemos que, como bien indican los etólogos, los seres humanos carecemos de inhibidores de la agresión, esos que impiden que los animales verdaderamente peligrosos tales como tigres, leones y otros depredadores —los cuales poseen armas de alta peligrosidad integradas—, puedan interrumpir la agresión cuando su oponente presenta los signos de la sumisión (presentar el cuello, por ejemplo) ante la circunstancia de conflictos interespecie (a causa de la conquista de las hembras, por

Tercera premisa: el enemigo es nuestro espejo. Como bien enseña F. Nietzsche en *Ecce homo* (1988), el enemigo no es sino nuestro espejo, uno que nos refleja nuestras verdades más repudiadas (y es por ello que nos resulta insoportable); igualmente es posible que si lo escuchamos nos escuchemos. Aniquilándolo nos aniquilamos. Esto ya ha sido escrito por los poetas: E. A. Poe en su *William Wilson* (1985) y F. Dostoievsky en *El Doble* (1983); ambos poetas nos presentan la verdad de que el enemigo no es sino nuestro espejo.

Cuarta premisa: Una guerra siempre tiene un tercer contendiente que sufre terriblemente las consecuencias de la guerra y en cuya generación nada tuvo que ver: el ecosistema. La madre tierra siempre es afectada por las guerras que siembran muerte en su flora y fauna. La guerra del Golfo Pérsico de 1991, por ejemplo, implicó una devastación simplemente impresionante: más de 500 pozos petroleros fueron incendiados (los cuales arrojaron cantidades impresionantes de gases contaminantes a la atmósfera), las marismas quedaron dañadas gravemente por el enorme vertido de petróleo (con el daño consecuente a la productividad de las pesquerías de la región), los sistemas de agua potable también quedaron gravemente dañados y los campos cercanos a los pozos fueron sembrados de peligrosas minas que muchas décadas después seguirán mutilando a los desprevenidos visitantes. En la segunda Guerra del Golfo pérsico, los estadounidenses no arrojaron el Agente naranja de Monsanto pero si se permitieron arrojar bombas con uranio empobrecido, el cual sembrará muerte en todos los ecosistemas de esa región durante siglos (Asimov, Pohle 1994: 19ss).

Y todo eso para derrocar un régimen, el de Saddam Hussein, que ellos mismos colaboraron a armar con el objeto de controlar el petróleo

ejemplo). Los seres humanos somos capaces de matar a nuestros congéneres a la primera oportunidad y por el menor motivo.

de la región. Toda esa devastación fue una consecuencia de la avaricia del aparato industrial americano (en particular de la triada: petroleras-industria militar-industria automotriz), el cual es incapaz de optar por un estilo de vida menos depredador y vivir gracias al empleo de energía renovable y limpia.

Conclusión

Lo más importante para la humanidad civilizada ya no es la forma de ganar la guerra sino el modo de detenerla.

La tradición cristiana nos ha proporcionado un modelo para lograr este objetivo. El poner la otra mejilla constituye su manera de intentar resolver la cuestión. Desgraciadamente, dicho procedimiento es insuficiente y en consecuencia muchos supuestos cristianos, comenzando por Felipe Calderón, no siguen el principio. En el mejor de los casos, los pocos cristianos que sí obedecen el precepto tienen la esperanza de que, tarde o temprano, el enemigo reciba, por parte de su padre eterno, un castigo por la afrenta. La receta cristiana nunca, en la larga historia de Occidente, ha bastado.

Otra propuesta para detener la guerra está planteada en el intercambio epistolar de Freud con Einstein, el cual retoma la propuesta kantiana del ensayo *La paz perpetua* (Kant 1983): para detener la guerra es menester la configuración de una instancia supranacional a la cual los diversos países hubiesen delegado el poder para dirimir los conflictos. La solución kantiana-freudiano-einsteiniana implica la existencia de una humanidad cuya razón domina las pulsiones destructivas. Esta propuesta, como la historia nos lo ha mostrado con los ejemplos de la Liga de las Naciones y la ONU, es también insuficiente.

El aporte de Lacan y Heidegger (Tamayo 2001: 65ss) nos permite soñar con otra alternativa: puedo detener la guerra si reconozco que aquél a quien llamo mi enemigo es mi espejo, que si reacciona de manera agresiva es porque yo lo he generado, porque lo he obligado por la guerra que trabo, que reitero, o por el bando que mi propio nombre porta. Pues no puedo sino asumir que yo, en tanto perteneciente a un linaje, también soy responsable de las injurias que recibo y que no estoy excluido de la decisión de seguir guerreando.

Sólo interrumpiendo mi respuesta a la solicitud de guerrear del otro se puede detener la guerra, sólo escuchando y reconociendo el reclamo del otro es que el enemigo se desvanece. Sólo eso detiene esa guerra constante, omnipresente, la cual ciertamente entretiene y dirige la vida.

Como bien indicó hace meses Javier Sicilia, muchos ciudadanos no queremos seguir guerreando, queremos que nuestro gobierno detenga la guerra y eso implica que se escuchen las razones de aquellos que ahora denomina criminales y de los que olvida que también son (a pesar de todo) ciudadanos, es decir, que interrumpa la venganza. En nuestros días nuestra nación se venga de sus propios hijos. Y no hay acto más irresponsable que renegar de los propios hijos, de aquellos a quienes dimos vida y educamos.

Una madre (la “patria” no es otra cosa a pesar de su confusa etimología⁵) cuando hace la guerra a sus propios hijos sólo se suicida. Pues cuando matamos a otro (y ello es peor, obviamente, cuando se trata de nuestros hijos), como bien indica Andréiev, sólo nos matamos a nosotros mismos.

⁵ Es para cualquier estudioso de las etimologías evidente que el vocablo “patria” deriva del vocablo “pater” (padre) griego, sin embargo, al feminizarlo (“la” patria), se le otorga el carácter materno.

Bibliografía

- Andreiev, Leonidas (2011), *El Diario de Satanás*, México: Colofón.
- Asimov, Isaac; Pohle, Frederik (1994), *La ira de la tierra*, Barcelona: Ediciones B.
- Bloch, Ernst (1967), "Widerstand und Friede", en Ernst Bloch, Frankfurt am Main: Deutschen Buchhandels E. V.
- Dostoievski, Fedor (1983), *El doble*, México: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Hobbes, Thomas (1997), *Leviatán*, México: Guernika.
- Kant Immanuel (1983), *Fundamentación de la metafísica de las costumbres, La paz perpetua*, México: Porrúa.
- Nietzsche, Friedrich (1988), *Ecce homo*, México: EMU.
- Poe, Edgar (1985), "William Wilson", *Cuentos Completos*, México: Círculo de lectores.
- Sun Tzu (1991), *El arte de la guerra*, México: Colofón.
- Tamayo, Luis (2001), *Del síntoma al acto*, México: UAQ.

Luis Tamayo: Doctor en Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México UNAM, Presidente de la Academia de Ciencias Sociales y Humanidades del Estado de Morelos, Coordinador del Grupo de investigación *Ecosofía* y profesor investigador del Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos CIDHEM. Sus últimas publicaciones son: *La locura ecocida* (2010), *Los demonios de Heidegger* (2009), *El estilo de Heidegger* (2008).